

# ARTÍCULOS Y COMENTARIOS

DE LA BARCELONA OCHOCENTISTA

## El señor X, cerero

La cerería de antaño :: La tienda, el tendero y la mercancía :: Miel y tertulia :: Las iluminaciones públicas :: Tesoros desaparecidos.

En todas las ciudades y villas de España, desde hace siglos han existido industriales dedicados a la elaboración de objetos de cerería, pero en ninguna los cereros han constituido una especialidad etnográfica tan peculiar y curiosa como en Barcelona, y, mucho más, en la *Barcelona ochocentista*. En efecto, el cerero con tienda abierta y con su fábrica o taller en la rebotica de la misma, constituyó entre nosotros, medio siglo atrás, una página de historia local, llena de colorido y de vida social y económica. Por elaborar objetos destinados al culto divino, como las hachas, blandones, cirios, velas, antorchas, bujías, cerillas y mariposas, y por tratar casi únicamente con gente de iglesia o con la muy piadosa que hacía consumo abundante de tales materias, forzosamente el cerero había de reunir tres cualidades casi inherentes a su persona y casa: ser católico-absolutista de los más fervientes, vivir en las cercanías de la Catedral, Santa María del Mar, el Pino, o San Jaime; y vestir, hablar y obrar siempre en un ambiente de misterio, simplicidad y dulzonería mística. Tales eran los cereros barceloneses de la *Barcelona ochocentista*. Menestrales honrados y laboriosos, hombres sencillos y de una candidez paradisiaca, representaban algo como unos archivos vivientes de una tradición, unas costumbres y un ambiente, que ellos se daban cuenta, de que iban menoscabándose, de día en día, y de que no bastaban su fe, sus costumbres patriarcales, ni su pericia industrial para restablecerlos o, por lo menos, detener su caída.

El cerero barcelonés solía ser hombre de mediana edad, con numerosa prole, patillas grises y cascote de terciopelo negro. Su tienda aparecía decorada muy pobremente. Un doble aparador, en la fachada; un mostrador con unas balanzas para la mercancía de poco peso, y unos armarios con cristales conteniendo el surtido de hachas y blandones.

Una capillita con una virgen de Montserrat, encima de la puerta de comunicación con la trastienda, completaba el decorado. Un dependiente, fosilificado detrás del mostrador, dos oficiales trabajando en la rebotica o trastienda y un mozo para llevar la cera labrada a las iglesias con un carretón de mano, formaban todo el personal de la casa. El dueño lo era todo a la vez: Operario, tenedor de libros, cajero y encargado de las ventas, todo pasaba por sus manos, todo lo dirigía e intervenía en todo. Y se daba el caso, después de trabajar cincuenta o más años consecutivos, de no allegar más fortuna ni ahorros que un pícaro reuma o una presbicia ocular por su frecuente estancia ante el fuego y su vida sedentaria en paraje húmedo. El lugar del horno y el del primitivo tablón circular donde se elaboraban cirios y velas, era en verdad tético y sombrío. Tenía algo de antro y caverna, de laboratorio de alquimista y de gruta de brujo, todo a la vez. Pero de allí salía la mercancía más inofensiva, como lo es la cera, envolviendo la mecha que después arde en el altar, en la lámpara votiva o acompaña la procesión solemne. Y no era menos inocente la restante mercancía que fabricaba el maestro cerero. Los brazos, piernas, cabezas, bustos y hasta figuras enteras de cera, vaciadas en modelos escultóricos rudos y primitivos, iban desde la tienda de aquél a los santuarios, en donde la gratitud piadosa los colgaba como ofrenda sincera de una fe muy catalana.

El cerero señor X tenía otra especialidad algo más dulce y atrayente. Como fabricaba sus velas con cera pura de abejas, adquiría los panales recién salidos de las colmenas y vendía la miel a los clientes más distinguidos que se la pagaban a buen precio. Y quien entraba en la tienda si no compraba un par de cirios, no salía nunca sin un tarro de buena miel de romero.

En la tienda de cerería había también una tertulia de amigos y correligionarios, que, en épocas de trastornos políticos, daba quince y raya a cualquier mentidero de la Villa y Corte. El personal era naturalmente formado por altas dignidades eclesiásticas, jefes carlistas con cicatrices añejas, mandaderos y cofrades, recaderos de monjas y alguno que otro religioso exclaustrado. Todos murmuraban quedo, tomaban rapé, hablaban mal del gobierno y esperaban la salvación de la patria, pero sin concretar en qué fecha.

Hemos dicho que los productos de la cerería del señor X eran consumidos casi únicamente por gente devota y por los templos barceloneses. Clientela totalmente identificada con el espíritu de aquella tienda y de aquella industria. Pero, no toda la cera que salía de aquella casa iba destinada al esplendor del culto divino. Hubo en cierta época un consumo considerable de cera destinada a alumbrar en son de regocijo popular balcones y ventanas, en noches de luminarias públicas. Era derribado Espartero, subía O'Donnell, proclamábase la *Gloriosa*, llegaban Prim o don Amadeo de Saboya, y los barceloneses sacaban sus damascos, y quien no los tenía los alquilaba en casa Vinyals o en casa Emilio Vilanova. Poníase una bandera nacional, asomándose al balcón como deidad curiosa, y un par de hachas de cera le daban luz y guardia de honor. Verdad es que muchos vecinos sustituían las hachas por unos remedos de madera de las mismas, que en el extremo superior escondían unas cazuelas con aceite que se llamaban *grosoleras* y no costaban los tres duros que había que pagar por el par de hachas de cera. Y lo curioso era que en aquellos días o noches de *luminarias*, la tienda del cerero era frecuentada, por milicianos nacionales, por revolucionarios furibundos y por gente algo disconforme con los ideales y el ambiente de sacristía que en la cerería todo el año reinaba. Algún taco o terno, harto expresivo y poco perfumado, se dejaba oír al pedir o pagar la mercancía, pero el señor X, se consolaba pensando que no era poca merced de Dios que el dinero del diablo fuese a parar a la caja de un fiel devoto de San Miguel.

En algunas de las cererías antiguas barcelonesas había en aquellos tiempos un verdadero tesoro arqueológico digno de figurar en los mejores museos de arte o industrias retrospectivas. Como en muchas cererías se fabricaban también oblas y hostias para el culto divino, existían en las mismas los moldes de hacerlas, o sean los célebres *hostieros*, que datando de principios de la Edad media, no habían cambiado de forma ni de dibujo. Hacíanles buena compañía los moldes en cobre y hierro de los sellos, escudos nobiliarios, medallones y panes de cera bendita, *agnus Dei*, etc., entre los que había modelos dignos de figurar al lado de las colecciones sigilográficas medioevales y del Renacimiento. El señor X tenía una rica colección de tales moldes, que aun que la mayor parte de ellos ya estuvieran fuera de servicio, podíanse estudiar todavía en los ejemplares mejores, notas curiosas de heráldica, indumentaria, epigrafía y hasta iconografía esgrafiada. El señor X murió antes de la Revolución de septiembre, su tienda fué cerrada, y es un deber de amor hacia el pasado, recordar los días del florecimiento de aquella industria tan quieta y sosegada, cuyo principal obrero era la solitaria abeja.

ARTURO MASRIERA

EN EL ATENEO DE MADRID

## Del homenaje a M. S. Oliver

Uno de los mayores consuelos reservados al alma del publicista es poder coincidir con un público fervoroso en la piadosa solemnidad de enaltecer los méritos de un gran maestro, tan grande como bueno, tan bueno como querido. Así no es tarea fácil describir con la frialdad de una reseña informativa la velada necrológica que celebró la docta corporación de Madrid en la tarde del día 2 de los corrientes.

Malos vientos habían soplado, negros nubarrones se habían cernido en días anteriores sobre el Ateneo, el ideal anarquizante y populachero había venido al buen juicio de la junta directiva, presidida por persona tan poco sospechosa de reaccionaria como el conde de Romanones; y a pesar de todo ello, de haber una crisis inminente próxima a estallar, la organización de la velada no sufrió el menor tropiezo, y al filo de las siete nos hallábamos reunidos en el estrado de la gran sala de actos cuantos, a ruego de la Sección de Literatura, que preside el ilustre Ramiro de Maeztu, debíamos tomar parte en el homenaje.

El salón estaba lleno casi completamente y la tribuna pública atestadísima. Y leyó Ruiz y Pablo. Actores y público nos sentíamos unidos invisiblemente por las ondas de la admiración y de la simpatía hacia algo superior a nosotros, y cuyos extinguidos acentos, centelleantes un día de genio y de sinceridad, íbamos a evocar ante el selecto auditorio con nuestros menguados medios de expresión.

Estábamos allí todos los matices del afecto hacia el llorado amigo y maestro; el de quien le conocía de joven en su incipiente apogeo literario; quien le amó y admiró en pleno desenvolvimiento de su

proteica inteligencia; uno analizó el licor dulcísimo que era la esencia de su inspiración poética; otro descubría ante la devota asamblea el sentido político de su obra periodística, jamás despojada de poesía, como dicen los eximios S. y J. Alvarez Quintero: «Oliver, en su vida y en toda su obra, fué substancialmente un poeta, ora en la intimidad de la familia y de los amigos, ora en sus actos públicos, ya afinase y puliese el brillante esmalte de sus versos, ya desbordara sobre las cuartillas el rico caudal de su prosa apasionada y noble...»

Hubo quien, en fin, revivió las obras selectas del genio desaparecido. Un gran escritor, dando forma plástica a uno de los mejores y más irónicos trabajos de Oliver: «Mientras arde Europa», escrito treinta y dos meses después de encendida la gran guerra europea, de la cual se preocupaba tan poco el gobierno que en aquel entonces padecíamos, que tuvo el tiempo y el poco acierto de dictar una ridícula reglamentación para las corridas de toros, obra de un covachuelismo aterrador. ¡Cómo hubiese Oliver gozado con la magistral lectura que de su famoso artículo hizo el literato señor González Blanco! ¡Y qué emoción no hubiese conmovido su alma sensible al oír los acentos juveniles de la linda actriz Aurora Redondo, de cuyos *labios de fresa* (como diría de nuevo Rubén) escuchamos en nuestra propia lengua: *El castell buyt, Bellesa trágica, Tedi, Eternes recantes y A ca l'antiquari!* Por lo que experimentamos cuantos allí habíamos ido de Barcelona, podemos juzgar del gozo del propio autor. Y más también gozamos por otro aspecto de la ovación, y fué éste la noble, franca y sincera acogida que unánimemente se concedió a tan magnífica manifestación de la poesía catalana. Porque aquellos insistentes aplausos, después de los rumores y sonrisas con que había el público subrayado los versos más intencionados o más bellos, no eran solamente para el mérito de la recitante, aunque en justicia pudiese atribuirsele una gran parte. El nombre de Oliver, el de Cataluña, el de Mallorca, y la lengua catalana, fué la nota más saliente de todo cuanto se dijo en la memorable sesión. ¡Y ello poco tiempo después de devuelta una comunicación oficial por venir en nuestra lengua!

Yo me explico el éxito por varias razones: una y principal por el mérito indiscutible de la obra de Oliver; otra, por su gran bondad, que le hizo decir un día a Ossorio y Gallardo, paseando por típicas callejas de la Nunciatura, cuando ese gran amigo y admirador suyo se extrañaba de que escribiese tan bien en catalán como en castellano: «Porque yo no he sentido jamás el antagonismo.» Y era cierto, pues se había separado siempre de toda institución donde se entonase el himno del odio. En su corazón no cupo nunca más que el amor.

Ese éxito del Oliver poeta dió lugar a que en el hermosísimo trabajo leído por Serafín Alvarez Quintero, dijese tan ilustres escritores: «¿Y sus poesías?... Oliver no sintió nunca el furor pímpleo, la comezón de escribir versos por vaciar en forma rimada ideas y emociones, el desenfreno tumultuoso y romántico que abre el manantial de la rima, no muy seguro del cauce por donde ha de correr; ni mucho menos padeció la prosaica y dolorosa tristeza, tan dada en nuestros días, de tener que fabricar versos para ganarse el pan. Santos Oliver esperaba, sin buscarlos él, esos misteriosos momentos de recordita y voluptuosa soledad en que el espíritu se eleva gozándose en sí mismo, y quiere entonces decir lo mejor que tiene que decir y que anhela decirlo en la forma más bella... En tales momentos escribía Oliver sus versos. Oliver para sí mismo. De ahí que siempre los escribiera en catalán, la lengua de su intimidad más profunda y querida, de los rincones de su conciencia, del aleteo de los secretos de su corazón; como era el castellano la lengua expansiva de su alma para dirigirse a los demás. He ahí sentimentalmente resuelto por un alto espíritu el problema, siempre sangrante, de las dos lenguas.»

Y los elogios de los vates sevillanos al mismo Oliver, por los que hizo de otros dos genios buenos, de alta espiritualidad: Cervantes y Maragall. Y aún más, no pudiendo contener la desbordante admiración mil veces y en todas formas demostrada por tan maravillosos comediógrafos hacia el admirable polígrafo que conmemorábamos, nos ofrecieron las primicias de dos traducciones: *A Clavi, ante un clavicordio del siglo XVIII y Mayo*, de la colección de meses publicada en *La Ilustració Catalana*, que no puedo menos de transcribir:

MAYO

En las flores que hoy abrieron  
me extasio al percibir  
el olor de las que fueron  
y de las que han de venir.  
Las que hoy su color perdieron  
y mustias van a morir,  
en gérmenes escondieron  
las flores del porvenir.

*Columbro entre las criaturas  
que hoy al mundo encanto dan,  
las pasadas hermosuras  
en las que ahora en él están,  
y sombras de las futuras  
que esperan y que vendrán.*

Y terminan diciendo, entre otras bellas cosas, que la última poesía de Oliver no la escribió en lengua ninguna: la vivió en silencio...

Ossorio y Gallardo, maestro en el decir, bravo en el ataque, original siempre y oportuno, pronunció un ático discurso, que fuera lástima no haber podido recoger taquígraficamente. Tuvo que reducirlo, a pesar de las continuas ovaciones, porque hacía cerca de dos horas que teníamos entre todos absorbida la atención del público.

Finalmente, Ramiro de Maeztu, que fué amigo de Oliver, ya siendo ambos mozos en Mallorca, hizo un precioso elogio del escritor y de la isla, en estilo fluido, lenguaje noble y rebosante de sincera admiración, que fué recibido cual se merecía y por ser una invitación a la cordialidad.

Al salir el auditorio, tras dos horas y media de sesión, entonaba nuevos motivos de admiración hacia Oliver y de gratitud a los buenos amigos que le ofrendaron el homenaje.

Entonces llegó la noticia de la crisis parcial, y aquí de la animación en los centros y en las redacciones, donde decían los jefes: «Aligerar todo cuanto no sea la crisis. Eso es lo principal: la crisis, noticias de la crisis.» Y al paso que todo el mundo conoce la obra magna de Oliver al través del tiempo, ya pocos se acuerdan de cómo se llamaban los ministros que cayeron aquella noche.

BUENAVENTURA BASSEGODA

## De Sociedad

En el hermoso hotel de los señores de Bertrán Musitu (don José) se reunieron últimamente un reducido número de sus íntimas amistades, que allí acudieron para felicitar a la elegante señora de la casa, a quien acompañaba su encantadora y simpática hija Isabel.

Al compás de una armoniosa música, se organizó el baile que continuó hasta primeras horas de la madrugada.

A media noche fué servida una espléndida cena a los invitados, entre los que recordamos la señora Gayón, viuda de Arnús e hijas; marquesa de Lamadrid y lindísimas hijas María B. y Mercedes, señora viuda de Piélago, condesa de Pries, señorita Mercedes Bertrán, quien se ha instalado ya, en su preciosa casa, verdadero archivo de buen gusto; señorita María Vidal Quadras, Mercedes Güell, Eugenia y Josefina Ferrer Vidal, Joaquina Caralt, Paz Fabra, Carmen Rocamora, María Teresa Vidal Quadras, delicada belleza de ojos celestiales, y sus primas Elisa y Mercedes Vidal Quadras, María Topete, que pasa temporada en Barcelona; Anita Ríos y María Sentmenat.

Señores Bertrán Musitu, conde de Pries, don Juan José Ferrer-Vidal, conde de Sert y conde de Caldas de Montbuy, don Eusebio Güell, señores López Sert, Sarrástegui, Oriola Cortada (don Luis y don José María), don José María Quadras, señor Albert Despujol, don Salvador Vidal Topete, señores Vidal Quadras, Fernández de Córdoba, etc.

— Regresa a París don Felipe de Mayol y su lindísima hija.

Marcharon a Palma de Mallorca los señores de Buffier.

Se traslada a Londres acompañada de sus bellas y elegantísimas hijas Nélida y Clara la señora Narbondo de Mercader pertenecientes a una distinguida familia americana muy estimada en Barcelona donde han pasado breves temporadas.

Regresaron de la Corte los marqueses de Bárbara acompañados de su hijo Joaquín muy repuesto de la enfermedad pasada.

Ayer recibieron en su hermosa casa de la calle de Muntaner, los señores de Foret.

Continúa brillantísima la temporada de ópera en nuestro hermoso teatro Liceo, donde se reúnen diariamente numerosas familias elegantes de nuestra buena sociedad.

Se trasladan a Madrid y Sevilla los señores de Serrate y bella hija Carmen.

Se encuentra repuesta de su ligera enfermedad la lindísima señorita María Torras.

El cónsul general de Chile, consejero don Anselmo de la Cruz, ofreció en su elegante morada un almuerzo al doctor don José María Cantillo, ministro de la Argentina en Portugal y a don Diego de Castro, encargado de Negocios en Madrid.

Al almuerzo asistieron, además, algunas de sus íntimas amistades.

En el Hotel Ritz, el cónsul general de Venezuela, don Andrés Rodríguez, invitó a los mismos, con una exquisita comida.

El señor Cantillo marchó ayer a París, regresando el señor de Castro a la Corte en el mismo día.

IGOR